

Epistula ad Michaellem Tarraconensis

Encajas muy bien cronológicamente las piezas del puzle de los textos evangélicos:

- 1) el documento Q no contiene nada sobre pasión y resurrección y la primitiva comunidad cristiana no las tuvo en cuenta;
- 2) es Pablo quien primero habla de ellas;
- 3) un grupo culto de cristianos le toma la idea a Pablo y forja una detallada leyenda de muerte y resurrección.

Me resulta no solo plausible, sino convincente.

Por mi parte, a manera de confesión personal voy a contarte una de mis fantasías pontificias que, en vez de contar ovejitas, me sirven a veces para conciliar el sueño. Son fantasías relativas a futuribles Pontífices. Tengo imaginadas varias historias de Papas con acciones revolucionarias, tales como suprimir el celibato sacerdotal, ordenar a mujeres hasta el episcopado, cancelar concordatos y nunciaturas, cerrar Dicasterios, convertir la Ciudad del Vaticano en un monasterio y enclave dentro del territorio del Estado de Italia y trasladar la sede pontificia a Nueva York, a México DF o a Lagos.

Una de esas historias es la de un Cardenal bien formado en exégesis, doctor por el Instituto Bíblico de Roma, y que es elegido Papa en un futuro Cónclave. En su estudio del Nuevo Testamento ha llegado a conclusiones parecidas a las tuyas y se considera en el deber de manifestarlas. Así que, honesto para con Dios y para con Cristo, escribe una breve Encíclica, "*Sine ira et cum studio*", en la que se sincera y declara su convicción.

El núcleo de la Encíclica dice textualmente:

No nos constan con certeza las circunstancias en que Jesús murió,
mientras que hemos de dar por seguro que no resucitó.

Después de eso el texto papal se carga de melancolía: si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra esperanza. Reconoce que para quienes han esperado resurrección resulta muy amargo dejar de creer en ella.

Y concluye con un epílogo moral: si no nos está prometida otra vida, es preciso amar esta apasionadamente en nosotros mismos y en los demás.

Valeas.

Alfredo